

El accidente

Cecilia Aravena Zúñiga y Eduardo Contreras Villablanca

*Primera Ley: Un robot no debe dañar a un ser humano,
o por inacción dejar que un ser humano sufra daño.*

*Segunda Ley: Un robot debe obedecer las órdenes que le son dadas por un
ser humano, excepto cuando estas órdenes se contradigan con la primera Ley.*

*Tercera Ley: Un robot debe proteger su propia existencia, hasta donde
esta protección no esté en conflicto con la primera o la segunda Ley.*

Isaac Asimov.

Arturo apagó su cigarrillo recién encendido y sin responder, cerró la pantalla del comunicador. El inspector jefe lo llamaba por tercera vez ese día para lo mismo, conocer sus avances en el caso de los estrangulamientos de las jóvenes estudiantes. Nueve cadáveres en menos de seis meses, las encontraban desnudas, con los ojos vendados, en casas o calles de distintos barrios de Nueva Valdivia. ¿Qué le podía decir? Sólo conocía el modus operandi, más allá de eso, y del tipo de víctimas, aún no tenía ninguna pista certera. Era sorprendente la falta de rastros en una ciudad con tantas cámaras de vigilancia, privadas y públicas; las fijas puestas en los edificios, vías y domicilios, y las móviles instaladas en los drones de patrulla. Se tomó el último sorbo del café frío que quedaba en su vaso y salió a la calle.

La noche en el centro de la ciudad era una locura. A los problemas diarios de tráfico se sumaba la afluencia de miles de turistas que llegaban a mirar la erupción del volcán Calle-Calle, que se levantaba en medio de la ciudad, por donde antes desembocara un río de ese nombre. En el último siglo el surgimiento de volcanes se había hecho cada vez más frecuente. A pesar de las advertencias de las autoridades de no sobrevolar el área del cráter, medio mundo se acercaba a ver la burbujeante lava. Para colmo el hedor a azufre se mezclaba con el de la basura de las calles y las fritangas de los carritos de comida tailandesa y colombiana que saturaban las veredas. Decidió caminar de vuelta a su departamento, subiendo las solapas de su chaqueta para combatir las bajas temperaturas. Su barrio no estaba lo suficientemente cerca del volcán como para entibiarse con sus vapores en esas frías noches de inicios de primavera.

Mientras abría la puerta de su casa pensó de nuevo en el asesino, ¿cómo no quedaban registros en las cámaras? ¿Sería miembro de alguna empresa de seguridad con acceso a las grabaciones? En un caso así, quizás tendría la posibilidad de eliminar registros o parte de ellos.

Aun no sabía que en ese mismo momento, en el lado opuesto de la ciudad, sobre el sector más moderno, entre las torres de residencias y el parque central, un aeromóvil de fuselaje azul superaba la barrera de velocidad intentando alcanzar a otro de carrocería escarlata. Producto de la aceleración, el metal brillante de ambos dejaba estelas de esos colores. El escarlata se dirigía hacia

el volcán, quizás procurando perderse entre el enjambre de aerovehículos. Después hizo un giro, pareció que el perseguidor azul perdía a su presa, cuando de pronto emergió esquivando turistas para seguir a la caza. Ahora se acercaban hacia las nuevas lagunas surgidas después del tsunami del año 2083. De pronto, el auto de atrás aceleró aún más y se acercó hasta impactar el propulsor trasero del que escapaba, una pieza de este voló quebrándole un ala al perseguidor, los parachoques de ambos vehículos se engancharon y los aeromóviles comenzaron a caer. El conductor del auto escarlata desplegó al máximo las alas intentando evitar la caída, y quizás queriendo sacudirse de su cazador. A pesar de eso se desplomaron en una trayectoria diagonal. El agua de una de las lagunas amortiguó algo la caída, las máquinas rebotaron contra la superficie y la inercia las impulsó hasta la orilla. Quedaron totalmente destruidas, una de ellas comenzó a arder al tiempo que un hombre salía arrastrándose desde su cabina.

A las dos y media de la mañana se encendió el comunicador de la sala en la casa de Arturo. La cara del inspector jefe con expresión de desagrado y el pelo revuelto apareció en la pantalla.

—Arturo, se necesita que cubras un accidente en el sector oriente, los agentes de los suburbios no dan abasto con las denuncias de extranjeros por asaltos, los turistas tienen prioridad. Además estás castigado por tu nulo avance en los homicidios de universitarias.

—Pero acabo de acostarme jefe, ¿de verdad no hay nadie más en la prefectura?

—No. Dame detalles en la mañana. Y por favor amárrate el pelo y cámbiate de ropa, si quieres que tus colegas te tomen en serio.

En media hora Arturo, con el pelo atado en una cola de caballo y con una gabardina verde llegaba a la zona del accidente. A pesar de estar acordonada, un grupo de mirones circulaba mezclándose con los policías y reporteros.

—Arturo, qué cara tienes. ¿Desde cuándo te mandan a cubrir accidentes de tránsito? —preguntó un hombre de rasgos asiáticos que lucía un impecable impermeable para la lluvia.

—Hola Odori, ¿qué haces aquí? ¿El Alcalde te mandó a buscar temas para aparecer en los diarios mañana?

—Sólo vine porque uno de los fallecidos era un profesor conocido del jefe. Ya me voy, creo que fue un lamentable accidente. Lo terrible es que al profesor lo acompañaba un androide asistente personal que se autodesactivó, esa será mala propaganda para la industria —tiró la colilla de su cigarro al suelo y la pisoteó—. Bueno, mañana tendremos más detalles. Buenas noches.

Arturo se acercó a los cuerpos de los dos hombres fallecidos. Al verlo, el forense, un hombre rechoncho al que no quedaba más que mirar hacia abajo, hizo su reporte.

—Dos cadáveres. El joven conductor del vehículo escarlata murió desangrado por perforación en un pulmón, una costilla quebrada lo atravesó —indicó hacia un lugar en el pecho con su corto brazo derecho—. Al parecer estuvo veinte minutos sin recibir asistencia médica. El otro, el profesor, recibió tres balazos: dos en el pecho y uno en el hombro, el arma estaba en la mano del joven del pulmón perforado. El robot intentó cauterizar la herida del hombro de su dueño, pero una de las balas que impactaron en el pecho del profesor Jankovic llegó al corazón, contra eso el droide no podía hacer nada.

—Los disparos al pecho deben ser posteriores al del hombro, no tendría sentido que el droide intentara curarle el hombro si Jankovic tenía una herida mortal en el corazón —dijo Arturo tomándose la barbilla.

El forense movió la cabeza asintiendo mientras su mirada iba de un cadáver a otro, finalmente se detuvo en el profesor.

—Lo raro es que Jankovic perseguía al joven —dijo sin dejar de contemplar al primero—, es lo que muestra la cámara de seguridad más cercana, grabó su paso veloz una cuadra antes del lugar del accidente. Van tan rápido que no se distingue quien conduce —afirmó el perito y deslizándolo su dedo índice sobre la pantalla de su agenda virtual AE3500, la minimizó hasta hacerla desaparecer en el aire.

Arturo recorrió el área que rodeaba a ambas máquinas. Identificó el vehículo de cada fallecido. El aeromóvil de Jankovic era el azul, perseguía al escarlata, ¿por qué? El parachoques delantero del azul se había enganchado con el trasero del otro. El autómatas no podría haber sido el chofer del auto de Jankovic, la primera ley de la robótica le impedía estrellarse contra otro ser humano: «Un robot no puede dañar a un ser humano o por inacción dejar que un ser humano sufra daño». Imaginó la caída, los autos con las alas desplegadas cayendo en espiral, imaginó al conductor perdiendo sangre a montones de su hombro y al androide que lo acompañaba intentando detener la hemorragia.

Puso las huellas de cada muerto en su dispositivo y aparecieron en la pequeña pantalla sus datos. Ninguno con antecedentes penales, ni siquiera multas de tránsito. El joven era informático en un holding canadiense. Ingresos promedio. Vivía solo. El arma que causó la muerte a Jankovic, estaba inscrita a su nombre: Daniel Garmendia. Sólo una tía a la que se le podía avisar del deceso. El profesor era viudo desde hacía cinco años. Académico en una universidad estatal, una hija viviendo en el barrio bohemio de la ciudad, estudiante de música.

—¿Dónde está el robot? —le preguntó al policía.

—La compañía de seguros lo guardó. Quieren llevárselo para activarlo, ya que el androide se bloqueó. Seguramente lo querrán utilizar nuevamente, porque Jankovic lo tenía en alquiler.

—¿Sufrió daños?

—Aparte de que está desactivado, ninguno.

Un profesor persiguiendo en el aire, como un loco, a un joven desconocido, o al menos sin relaciones conocidas con el profesor. Un choque espectacular, el joven le dispara al profesor, seguramente en reiteradas ocasiones, tres tiros dan en el blanco. Un robot que debió ser interrumpido cuando intentaba salvar a su dueño. Daniel Garmendia, el asesino moribundo que no recibe asistencia médica del mismo robot, que estaba obligado a hacerlo porque la primera ley de la robótica lo forzaba a ayudar en circunstancias así.

Probablemente el joven asesino le había pedido ayuda al robot, de ser así, el androide habría violado además la segunda ley «Un robot debe obedecer las órdenes que le son dadas por un ser humano, excepto cuando estas órdenes se contradigan con la primera Ley». El moribundo Garmendia, si bien había disparado contra el profesor, probablemente lo hizo porque había sido

perseguido y atacado por aquél, el robot debía prestarle asistencia, porque salvar al joven no ponía en peligro la vida de otro ser humano. No se trataba de un caso simple.

—Avísele al encargado de la compañía que mañana a primera hora quiero revisar la memoria del robot. Buenas noches.

A las nueve de la mañana Arturo cruzaba el umbral de su oficina. Justo cuando el inspector preguntaba por él a su secretaria. Se acercó al escritorio del jefe dejando su expreso doble en la orilla del escritorio.

—OK Arturo, cuéntame lo de anoche. El asistente del Alcalde llamó temprano. Están preocupados por el desperfecto del robot. Una muy mala propaganda para la empresa en la que uno de los principales accionistas es el propio Alcalde. Te doy trabajos fáciles para no estropear más tu jodida carrera, pero no hay caso. Llevas la mala suerte en el pellejo.

—Inspector, usted nunca me ha dado trabajos fáciles. Al contrario lo único que quiere es que me vaya a asuntos internos, en lo que usted dice que me iría mejor —mientras decía eso, y sin pedir autorización, sacó una manzana de una canasta que tenía el inspector sobre su escritorio, y le dio una mascada—. Para su alegría y tranquilidad le reitero que de aquí no me mueve nadie. A los hechos. Jankovic, el profesor de matemáticas, persiguió durante veinte kilómetros y doscientos metros a Garmendia, el joven ingeniero en computación, estrellándolo justo arriba de las lagunas de parque —apuntó hacia algún punto fuera del edificio—. Ambos vehículos cayeron en una de ellas, lo que amortiguó el impacto. Los dos quedaron heridos. El profesor fue auxiliado por su androide, que intentó cauterizar una primera herida, pero por motivos que aún desconozco, el joven le disparó dos veces en el pecho. Luego ese joven Garmendia se desangró frente al robot, quien en vez de auxiliarlo se desactivó. Ahora voy a revisar la memoria del androide, para dilucidar lo que sucedió.

—Arturo, es muy delicado este asunto. En esta ciudad viven siete millones de personas y la mitad tenemos un robot que se supone nos asisten en casos así. ¿Se imagina que haya un error de fábrica? Tiene que llamarme apenas sepa algo más.

El ingreso a la compañía de seguros era digno de la guarida de un espía de la guerra fría de hace más de un siglo: un edificio sin ventanas al exterior, sin recepcionistas, sólo un timbre, una cámara que confirmaba la identidad con la huella ocular y un ascensor que parecía diseñado para transportar carga más que personas. Al abrirse las puertas en el piso dieciséis, una voz por el altoparlante del ascensor le indicó que debía desplazarse hacia su derecha sin salir de la cinta mecánica.

—Detective, pase por aquí —le dijo un esbelto robot junior que portaba una bandeja con agua y café.

—Gracias —respondió Arturo y se sacó el impermeable.

—Buen día oficial —saludó el jefe de la sucursal, extendiéndole una mano—. Lo esperaba hace un rato. Tenemos en el laboratorio al modelo DK-31 y podrá revisar la memoria RAM cuando usted disponga. Como usted sabe, nosotros no podemos hacerlo por tratarse de información confidencial del cliente. ¿Trae la autorización para acceder a la memoria? —Arturo asintió,

entregándole una tarjeta electrónica, que el hombre introdujo en una ranura—. Quiero decirle que el robot no presenta ninguna falla atribuible a la fabricación, por tanto nuestra compañía no asumirá ninguna demanda civil en contra de nuestro cliente, la Industria de Automatización Doméstica (IAD), pero evaluaremos eliminar el modelo, dependiendo de las pruebas que le hagamos una vez que lo reactivemos.

—Entiendo. Comencemos, ¿vamos al laboratorio de nuestra estación?

—No es necesario detective. Puede utilizar nuestras dependencias. Por aquí por favor.

Ambos hombres traspasaron dos compuertas automáticas y entraron a una sala climatizada con las paredes cubiertas de ordenadores planos. El detective observó con detención lo avanzado del modelo DK-31, casi indistinguible de un ser humano. Luego, conectó la memoria del androide al procesador 3D y al microamplificador. En la sala además del jefe de la compañía, estaba el experto en automatización de la industria IAD. Los miró, y ellos asintiendo, se retiraron.

En la pantalla, el lenguaje de máquina comenzó a traducirse en imágenes y sonidos reconocibles.

—«Roberto», espérame con el motor encendido. No tardo.

La voz era del profesor, la imagen difusa permitía ver los brazos y piernas del androide DK-31, llamado Roberto por su dueño, al volante del aeromóvil. El vehículo había estacionado frente a la casa de la hija del profesor. Arturo la reconoció porque había ido a avisar del fallecimiento la noche anterior, pero nadie lo recibió.

Antes de que el profesor volviera, el visor de DK-31 mostró el paso veloz de un aeromóvil escarlata por la misma calle. A los pocos segundos se veía al profesor salir raudo de la casa y subir al auto.

—«Roberto», yo conduciré.

En la imagen se veía que el profesor lloraba mientras conducía. Arturo reparó en una pistola Sig 42 sobre las piernas de Jankovic.

Luego de eso, se escuchó un estruendo y la imagen se hizo borrosa, los sonidos no eran inteligibles. Arturo seguía atento a la pantalla, eternos segundos sin imágenes, y solamente ruidos de estática. Subió al máximo el volumen del micro-amplificador para tratar de escuchar algo.

La imagen borrosa seguramente se debía al agua y el fango en la cámara del robot, de pronto se aclaró la visión, permitiendo ver al profesor que se arrastraba apuntando la pistola hacia el joven que trata de salir de su vehículo incendiado, y luego desde la parte inferior de la pantalla se ve emerger la mano del robot que le quita el arma a su dueño. Luego inicia el proceso de cauterización del hombro. Por lo tanto, dedujo Arturo, ese disparo era previo al choque, el chico Garmendia debió disparar hacia atrás durante la persecución. De pronto se escuchó la voz entrecortada del profesor, casi un balbuceo agónico en el que solo se distingue.

—...Dame el arma, debo matarlo

Mientras observa la escena, Arturo constata que en este caso Roberto al no entregarle la Sig 42 no viola la segunda ley que lo obliga a obedecer, ya que de hacerle caso a su dueño violaría la primera: «...o por inacción dejar que un ser humano sufra daño». Arturo escuchó entonces los dos disparos que hacen que el profesor salte hacia atrás y caiga de espaldas. El visor del robot se dirige hacia el joven asesino que desde el suelo, recostado sobre un codo le ordena que lo salve, entonces la imagen comienza a saltar, como si el droide convulsionara, luego todo se va a negro.

El detective se irguió y salió corriendo sin despedirse de los anfitriones. En la calle detuvo un aerotaxi.

—A estas coordenadas por favor —le dijo al chofer y le entregó el papel con la dirección de la hija del profesor.

Mientras volaban, Arturo recapituló: el llamado Roberto había violado la primera ley al no ayudar al asesino de su dueño, Y también la segunda, al no obedecerle. Sólo una razón muy poderosa podía llevarlo a eso: que el joven Garmendia fuera a su vez un peligro inminente para otros seres humanos, es decir, un asesino serial. Ante eso la programación del robot inevitablemente entraba en contradicción, cualquier curso de acción que tomara llevaría a la muerte de un ser humano, en este caso la del joven asesino, o la de sus futuras víctimas. En los cursos de programación a eso le llamaban un «loop», contradicciones que dejaban al programa procesando eternamente, hasta que alguien lo interrumpía o se fundía el computador.

A eso debían referirse los balbuceos del profesor, por eso debía matar al joven. Jankovic venía de visitar la casa de su hija, que también es estudiante, como todas las víctimas del asesino serial. El aeromóvil escarlata del joven sale huyendo desde ahí, probablemente el profesor llegó a casa de la hija a tiempo para encontrar ahí a Garmendia, con las manos en la masa. ¿Habría llegado a tiempo el profesor? Probablemente no, ya que lloraba mientras perseguía al fugitivo. El tipo era ingeniero informático, seguramente tenía la habilidad suficiente como para hackear las cámaras de seguridad. Todo calzaba.

Bajó de un salto cuando llegaron a la casa. Tocó el timbre varias veces y esperó un rato. Luego comenzó a patearla. Al echar abajo la puerta sintió el hedor de la muerte. En la alcoba, yacía el cadáver desnudo de la joven. Las marcas del estrangulamiento y los ojos vendados eran el modus operandi del asesino serial que lo tenía en las cuerdas.

El profesor lo había descubierto, pero no alcanzó a proteger a su propia hija. ¿Habría llegado de casualidad justo en el instante en que el asesino atacaba a su hija? ¿O habría descubierto o sospechado algo que lo llevó hasta ahí en ese momento? Tendría que investigar un poco más rastreando en los computadores de Jankovic.

Y no había error de fabricación de los robots después de todo. El problema era peor; las tres leyes no daban cuenta de todos los casos posibles. El robot había caído en una contradicción tan fuerte entre las dos primeras leyes, que no fue capaz de imponer la tercera, que lo obligaba a protegerse: «Un robot debe proteger su propia existencia, hasta donde esta protección no esté en conflicto con la primera o la segunda Ley». Roberto había enfrentado un dilema eterno sin solución, un dilema a lo Moebius, más bien un «trilema». Si se protegía a sí mismo respetando la tercera ley, debía optar entre violar la primera y la segunda dejando morir a Garmendia, o auxiliarlo y salvarle la vida con lo que también violaría ambas leyes al permitir que siguiera matando mujeres jóvenes.

Pensó que le gustaría ver la cara de Odori. Su jefe, el Alcalde, no podrá estar muy tranquilo, al menos no hasta que alguien formulara una cuarta ley que se hiciera cargo de los potenciales conflictos entre las tres primeras.

Arturo se sentó en el borde de la cama. Suspiró. Dos casos resueltos el mismo día. Las cosas cambiarían en la estación. A ver qué cara le pondría ahora el inspector. Por lo pronto le envió un mensaje pidiendo que oficiaran a la empresa de Daniel Garmendia, para pedirle el registro de los horarios en que había tenido actividad laboral presencial o virtual, debían descartar posibles coartadas en los días y horas de los asesinatos previos.

Caminó hacia la ventana del living, desde ahí se podía ver el penacho de humo que el volcán Calle-Calle acababa de expulsar. Era cerca de las once de la mañana, se divisaban menos turistas revoloteando alrededor. Probablemente la poca visibilidad los había ahuyentado.

Las Trancas, enero de 2020 / Santiago, marzo de 2020.